

Pensar la vida ante la crisis ecológica.*

Dra. Lizbeth Sagols Sales.¹

¹ Doctora en filosofía por la UNAM (1994); profesora titular de Ética y Bioética en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; pertenece al Sistema Nacional de Investigadores desde 1991, nivel II. lsagols@hotmail.com

Resumen: La crisis ecológica conlleva una responsabilidad ética la cual nos conduce invariablemente a repensar la vida. Dentro de la diversidad de factores que conforman los antecedentes de esta crisis, se encuentra la desmesurada sobrepoblación producto del antropocentrismo excluyente, estos elementos tienen raíces históricas que vale la pena analizar.

El patriarcado creó un shock, una ruptura en la civilización humana imponiendo una visión dualista sobre la visión integradora correspondiente al neolítico matrilineal. Parece necesario entonces acceder a las características de estas épocas para comprender a fondo las implicaciones de la sobrepoblación respecto a la crisis ecológica.

Palabras clave: comunidad biótica, eco-feminismo, matrilineal, patriarcado, crisis ecológica, sobrepoblación.

Abstract: The ecological crisis involves an ethical responsibility which invariably leads us to rethink life. Within the diversity of factors that shape the history of this crisis it can be found the excessive overcrowding, result of exclusive anthropocentrism; these elements have historical roots that are worth to analyze.

Patriarchy created a shock, a rupture in human civilization, imposing a dualistic view of the integrated vision for the Neolithic matrilineal. Then it seems necessary to access the the features of these times to fully understand the implications of overpopulation on the ecological crisis.

* Una versión preliminar de este artículo fue emitido como una conferencia magistral expuesta en las jornadas de bioética, organizadas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). El evento académico fue desarrollado por el Cuerpo Académico de Antropología Filosófica y Ética del Departamento de Filosofía, del centro de Ciencias Sociales y Humanidades de la universidad (UAA) (septiembre 2012).

Keywords: biotic community, eco-feminism, matrilineal, patriarchy, ecological crisis, overpopulation.

Las manifestaciones más palpables de la crisis ecológica son el aumento de tsunamis, inundaciones, sequías, “olas de calor” intensas, huracanes e incendios silvestres de dimensiones brutales. Todo esto es manifestación del calentamiento global provocado por las emisiones de gases de efecto invernadero, y por dos tipos de consumo: el exigido por el “desarrollo industrial”, y el que exige la simple sobrevivencia, es decir, el uso de recursos vitales (supuestamente renovables) para satisfacer las necesidades básicas: tierra se están agotando otro tipo de recursos, que no son para el consumo pero si para la estabilidad del entorno y del propio ser humano: el suelo y el nivel de agua de los mares, el paisaje abundante que promueven en nosotros la apreciación estética y la tranquilidad de ánimo. (Attfield, 1999: 78)

En la actualidad, la desertificación de las tierras mundiales es de más del 60 por ciento, la sobreexplotación agrícola y de pastura para dar de comer a tantos humanos, ha acabado con ellas. El aire está gravemente contaminado por la industria y la tecnología de desecho. La necesidad de dar de beber a una población excesiva, así como los abusos de industrias como *Coca Cola*, han acabado con los mantos freáticos más importantes. La tala de bosques ha sido desmesurada a fin de comerciar con la madera. La vida en los océanos se está agotando por los cambios en la corriente del golfo, por la gran cantidad de materias tóxicas que arrojamos sin cesar y por la excesiva pesca industrial. Asimismo, desde hace varios años, ha empezado a ocurrir la mayor extinción en masa³ de especies (Jay G. 1995 c.p. Broswimmer. 2005.) desde que desaparecieron los dinosaurios hace 65 millones de años. (Brosswimmer. 2005)

¹ Una extinción en masa es abrupta, profunda y de graves consecuencias, no constituyen un mero cambio –afirma Sthephen Jay Gould- sino auténticas rupturas: crea un largo impasse en el fluir de la vida y ésta sólo se reconstruye después de periodos milenario. (Jay G. 1995 c.p. Broswimmer. 2005: 26)

² Algunas de las especies animales desaparecidas para siempre son: el elefante, el león y el tigre europeos, el pato del labrador, el alca gigante y la cotorra de Carolina del Norte, el mamut y el rinoceronte lanudos euroasiáticos, el buey almizclero y el alce irlandés gigante de la Edad del hielo. Ya no existen el elefante enano y el hipopótamo pigmeo de Chipre y Creta. Asimismo, sólo quedan 300 ballenas francas en el Atlántico Norte y unas 250 en el Pacífico Sur. La ballena jorobada o yubarta se cazó hasta su extinción en el atlántico, pero sigue existiendo en el Pacífico Norte. Por otra parte, el cambio climático –propiciado por una industria excesiva que tiene que satisfacer las necesidades de la sobrepoblación mundial- está poniendo en peligro al oso polar, está ocasionando –entre otros hechos- que cada vez vengán menos mariposas monarcas a Morelia y que la vida marina peligre por la acidificación del agua debida a la absorción del exceso de CO2 en la atmósfera. A todo esto hay que sumar la desaparición de plantas, especies originales de granos, de frutas y vegetales, de tierra cultivable que se convierte en desierto y la desaparición de las selvas: todos los días perdemos 300 kilómetros de selva, lo que suma 110, 500 km2 al año.

Estamos perdiendo alrededor de 30 000 especies animales y vegetales al año –aunque nadie lo sabe con exactitud,⁴ (Eldredge. 2001: 10) pero lo cierto es que la actual extinción no responde a un proceso cósmico sino a nuestros excesos y violencia con la naturaleza. Igualmente, han proliferado virus y enfermedades, auténticas plagas en plantas, animales y humanos debido –con gran probabilidad- a la manipulación genética que hacemos de los seres vivos en los laboratorios. Los seres vivos, los ecosistemas y el conjunto global de la vida: la Tierra misma, han perdido el equilibrio entre salud y enfermedad que les permitiría la autorenovación; están enfermos.

Esto no es castigo divino ni tampoco un mero proceso cósmico, sino producto de acciones nuestras, tales como el egoísmo capitalista, el consumismo, la tecnología contraria a la vida y productora de desechos y, en especial, la sobrepoblación, que hoy rebasa ya los 7 mil millones. La crisis ecológica conlleva una responsabilidad ética que debe llevarnos a repensar la vida.

Las acciones nombradas provienen –como ya lo detectó Lynn White (1967)- de la visión antropocéntrica de la vida que nos coloca en un nivel de superioridad frente a los otros vivientes, nos concede la propiedad de la Tierra y, sobre todo, nos concede el derecho a “crecer y multiplicarnos” sin consideración alguna para con los otros vivientes, ya que supuestamente nuestra especie merece tener mayor número de ejemplares. La sobrepoblación tiene, a juicio de muchos pensadores y pensadoras como Aldo Leopold, Paul Eherlich, John Sulston, Françoise D’Eaubonne y Reiner Eisler, un lugar predominante entre las causas de la crisis, pues ella implica la extinción de las otras especies, la negación de las necesidades de los otros seres vivos y su aniquilación. Mientras más somos, más crecen las ciudades, acosamos a las otras especies si no es que las expulsamos o aniquilamos y crece por fuerza el consumo de los recursos básicos de la Tierra que permiten la sobrevivencia. Aunque cambiemos de sistema económico y tengamos una tecnología limpia, mientras sigamos creciendo en número, sin límite alguno, seguiremos agotando el agua, la tierra, el aire limpio, afectando el clima y la vida de los otros vivientes, pues no se detendrá nuestra necesidad de comer, de extender las ciudades, de desechar basura y consumir energía para transportarnos. La basura humana y el consumo de energía, aunque sea “verde”, despide material tóxico al ambiente y lo altera de manera grave. De suerte que, como bien afirma Leopold, a mayor densidad de la población hay una mayor violencia del impacto sobre la Tierra y la ecología no conoce ninguna relación de densidad que se mantenga con límites indefinidamente altos. Toda ganancia en densidad trae utilidad decreciente. (Leopold. 1949: 40)

¿Pero cómo surgió el antropocentrismo excluyente de los otros seres vivos que nos ha conducido a la sobrepoblación? Según White (1967), el origen está en la declaración bíblica, sin embargo, para que una declaración se difunda de manera tan extensiva y potente se requiere que existan una serie de experien-

Protrepis, Año 2, Número 3 (noviembre 2012-abril 2013). www.protrepis.net

cia que la respalden, que la vida humana misma esté orientada hacia el *dictum* de la declaración. Y en efecto, el antropocentrismo excluyente está respaldado nada menos que por milenios del imperio del sistema patriarcal surgido con la tribu de los Kurgans, aproximadamente, en el quinto milenio antes de Cristo –según afirma Marija Gimbutas (1997).

El patriarcado creó un shock, una ruptura en la civilización humana, que antes de él se orientaba de una manera completamente distinta al *dictum* de la *Biblia* y que corresponde al neolítico matrilineal. De hecho, puede afirmarse sin reserva que a lo largo del paso por la Tierra, la humanidad ha sido capaz de elaborar dos grandes marcos de referencia y orientación respecto a la vida: una integradora de todos los vivientes incluidos en condición de igualdad los humanos, la cual corresponde a las experiencias del neolítico y otra dualista, que corresponde al patriarcado y ve la naturaleza como un otro enfrentado al ser humano y plantea una radical desigualdad e inferioridad de los seres vivos no humanos respecto a nosotros.⁵ Parece necesario entonces acceder a las características de estas épocas para comprender a fondo las implicaciones de la sobrepoblación respecto a la crisis ecológica.

Como dijimos, el patriarcado creó un shock en la humanidad, pues la primera orientación humana hacia la vida fue integradora y perteneció al neolítico matrilineal. Este inició en el milenio veintisiete ac. y floreció con la invención de la agricultura en el octavo milenio anterior a nuestra era. En el amplio periodo que abarca el neolítico, el ser humano se asumía como un viviente que compartía con los otros la Tierra y tenía ésta a su cuidado.

El conjunto de la vida se concebía desde la participación del ser humano en ella y desde la conciencia de la necesidad de sobrevivencia. No se daba, como a veces se cree, una relación idílica con la naturaleza, por el contrario, se tenía conciencia de las catástrofes terrestres, de las glaciaciones y las erupciones del volcán Etna, pero igualmente se advertía la abundancia de la naturaleza a través de los ciclos del nacer y morir, ciclos dados en la maduración de las semillas, la eterna renovación de la Tierra fértil y la fecundidad de la mujer.

El fenómeno global de la vida aparecía así como donación, como un hecho prodigioso, que provocaba azoro, admiración y maravilla, y era digno de reve-

³ En filosofía, la perspectiva integradora la han desarrollado teorías tales como la de Heráclito que pensaba al cosmos y a sí mismo, a la vez, la de Aristóteles, Plotino, Giordano Bruno, Nietzsche, Bergson, George Canguilhem, y el bioeticista Hans Jonas, las cuales, en función de la igualdad de los vivientes atribuyen a los seres vivos no humanos una finalidad, un querer, una libertad fundamental, un alma o espíritu, o una voluntad de poder. Frente a éstas están las filosofías dualistas tradicionales como la parmenídea y la platónica, y las filosofías de la modernidad en las que sobresalen las de Bacon y Kant. Para Bacon, la naturaleza es un otro, un desigual, al que hay que conocer para dominar, y para Kant la naturaleza es un orden ajeno al propiamente humano, al orden de la moralidad.

rencia y respeto. La sociedad era matrilineal, debido a que la mujer era la representante simbólica de la Tierra en tanto poseía también el secreto de la vida: dar a luz, y por ende, los hijos llevaban su nombre o apellido. Esto no significa en modo alguno que fueran sociedades feministas y que el feminismo pueda apoyarse sin más en este modelo. La característica sobresaliente de estas sociedades no era la superioridad de la mujer frente al varón, sino la igualdad básica y total de todos los seres vivientes. Nadie era superior. La figura Vida-mujer, o mujer-Vida convocaba a la cooperación de todos en igualdad. Imperaba el igual derecho a la existencia, sin que se permitiera exterminar a algún tipo de seres vivos.

La mujer era guía espiritual, al grado que se tenían diosas, aunque también existían algunos dioses, no obstante, el carácter de guía de la mujer no excluía al varón ni lo colocaba en un lugar inferior: existían sacerdotisas y sacerdotes; a la vez, todos los ciudadanos participaban en todas las tareas de la sociedad y vivían en las mismas condiciones. Las y los dirigentes no tenían mayores posesiones que el resto ni vivían en habitaciones privilegiadas. No había tampoco culto a la personalidad, nadie adquiriría un lugar preeminente sobre los otros. Así lo muestran los vestigios de las ciudades de Catal Höyöc, Hacilar, Creta – entre otras- en las que todas las casas son iguales y así lo muestran también las representaciones del palacio de Knosos en donde las sacerdotisas no aparecen en estratos superiores. Además, en las sociedades del neolítico, no existía el afán de tener acumulativo, por el contrario, los humanos vivían en el orden del ser: del desarrollo de las propias capacidades y de la paz; ningún testimonio de violencia se ha encontrado en los entierros de esta época. Y la sociedad entera se dedicaba al cuidado y amor de los seres vivos, a hacer que la Naturaleza en su conjunto continuara siendo dadora, puesto que vivían a expensas de ella. (Guimbutas. 1997., Eisler 1987/1995., Fromm. 1970., Silva. 2010.)

Y lo más importante para nuestro tema es que en concordancia con lo anterior, en las sociedades del neolítico la población no crecía desmesuradamente: las mujeres tenía la decisión de cuántos hijos tener y puesto que eran conscientes de las dificultades de la sobrevivencia no tenía muchos hijos. Se celebraba la existencia de todos los vivientes, no se privilegiaba a los humanos.

En síntesis, en el neolítico, la vida era reverenciada como un prodigio al cual pertenecemos, era concebida como una “comunidad biótica” –para usar la expresión de Aldo Leopold (1949). Los humanos reconocían el derecho a existir de todos los tipos de vivientes y se sentían impulsados a colaborar con ellos –aún cuando consumieran a los individuos, hacían florecer a los grupos, a las especies y los ecosistemas. La norma básica en estas sociedades –según lo expresa Erich Fromm era “no dañar la vida,” dar y cooperar. (Fromm. 1970)

Muy distinta es la concepción dualista de la vida que se inicia con el patriarcado. Éste surgió en Eurasia, con la tribu de los Kurgans y se caracteriza

principalmente por la toma de conciencia de la participación del varón en la procreación. El varón era el padre, la criatura y era obra misteriosa de la mujer sino que pasó a ser posesión del varón. El descubrimiento de que sin el varón la fertilidad de la mujer no era efectiva, fue una gran revelación para la humanidad entera, y con ella surgió –como destaca Bachofen (1987)- la apertura a la dimensión cósmica, que permitió elaborar un calendario solar, más preciso que el lunar, y dio lugar también a una explosión de creatividad: surgieron el alfabeto y la escritura formal (aunque habían antecedentes), se desarrolló el arte en gran esplendor y el afán explorador de la Tierra y el cosmos. El patriarcado trajo avances decisivos. Con él comenzó propiamente la historia y pudo haber traído una celebración del carácter conjunto del engendramiento de un nuevo ser y reafirmar la colaboración mujer-varón que existió en el neolítico. Pero lejos de esto, el patriarcado produjo la escisión, el dualismo entre varón y mujer y entre varón y naturaleza. Con él surgió la subjetividad antropocéntrica que se caracteriza por ser autorreferente, encerrada en sí misma, narcisista, incapaz de pensar en las necesidades de los otros. Más aún, esta nueva subjetividad está centrada en el poder y la violencia, el afán de dominio, posesión y conquista –características en las que asienta su superioridad. Con el patriarcado se pierde, evidentemente, la vivencia de la igualdad básica de todos los vivientes, y se pierde también el azoro y respeto por la vida. Los Kurgans eran sociedades guerreras, inventoras de armas de bronce, armas resistentes y con poder de herir de manera grave o exterminar al adversario, a todos aquellos diferentes al varón fuerte y dominante. Con el patriarcado surgen la violencia, la guerra, la necrofilia, el tributo a la muerte y a los muertos. El nombre mismo de kurgans significa “hacedores de túmulos” pues se distinguieron por enterrar a los guerreros en grandes tumbas y acompañados de sus animales, posesiones de oro y sus mujeres, las cuales debían morir al mismo tiempo que el varón.

El primer ser al que la subjetividad patriarcal poseyó y dominó fue la mujer, su igual más próximo; el varón se ensobreció frente a ella apoderándose con violencia de su cuerpo y libertad, convirtiéndola en objeto, violándola, imponiéndole el número de hijos que él necesitaba para reafirmar su virilidad y para trabajar la tierra. Además, el patriarca se adueñó de los hijos de la mujer haciendo que la identidad de éstos se estableciera por el apellido paterno. Y en tanto la mujer era símbolo de la tierra fértil, el hecho de poseerla y dominarla se extendió a la tierra misma, los animales, vegetales, etc. todo lo vivo se convirtió en un desigual del varón, en seres con menor derecho a la existencia y cuyas necesidades no eran importantes.

De este modo, la vida humana, en especial la masculina, adquirió un carácter superior y sagrado debido -en exclusiva- a que es engendrada por ese ser supremo que es el varón (ya no importaba la participación de la mujer). De esta visión de la vida, surgen las religiones patriarcales: la judío-cristiana y la tam-

bién la musulmana, pues los Kurgans extendieron su dominio por occidente y oriente, de aquí procede el *dictum* de la Biblia “creced y multiplicaos”, que –según lo que hemos dicho- está respaldado por el engendramiento viril de los hijos: la vida humana se considera la más importante, sagrada, porque procede de ese ser excelso que es el varón, no por la participación de la pareja en la procreación. Y esta es la razón de fondo por la que las religiones patriarcales prohíben la anticoncepción y el aborto, pues resulta imposible limitar lo que proviene de un ser excelso.

En esta medida, evidentemente, el patriarcado desconoce que los humanos formamos parte de la Vida en su conjunto, se rompe la igualdad básica de los vivientes y se desconoce la necesidad que tienen también los no humanos de los recursos terrestres que hoy se están agotando.

En síntesis, el patriarcado es una visión dualista inferiorizante y excluyente, con él se impuso la desigualdad entre los seres vivos y la superioridad humana, de él proviene el antropocentrismo y su máxima manifestación que es la reproducción sin límites de nuestra especie; de él proviene la sobrepoblación⁶ y la indiferencia a las otras formas de vida.⁷

Se imponen dos preguntas ¿Qué hacer con la sobrepoblación y la crisis ecológica? Y ¿Tendremos que regresar entonces a la época dorada del neolítico? La crítica a la sobrepoblación se hace desde una responsabilidad ética, no implica desde luego, la intención de deshacernos de algún grupo de humanos mediante el genocidio o la simple privación de asistencia elemental por parte del Estado –como lo sugirió en su tiempo Malthus (1846). Si todos los vivientes valen, ninguno de los ya nacidos debe morir. Sin embargo, esto no significa que no podamos y debemos planear la procreación.

Una postura responsable frente al exceso poblacional actual consiste en advertir que dado que formamos parte de la comunidad biótica, tenemos que limitar los nacimientos por venir a fin de no seguir agotando los recursos terrestres que compartimos con otras especies, a fin de que estas no se extingan y concederles su derecho a la existencia. Y limitar los nacimientos por venir requiere restablecer la igualdad básica interhumana: varón-mujer educando a ésta como dueña de su cuerpo y su decisión sobre cuántos hijos quiere tener. Como lo muestra el contraste entre el neolítico matrilineal y el patriarcado, la propiedad masculina sobre los hijos va unida al sometimiento de la mujer. Es preciso, entonces, liberar a ésta del yugo de las religiones patriarcales y misóginas pero en unión con un varón consciente de nuestra inclusión en el todo de la Vida. Sólo así podremos comprender nuestra importancia relativa, valorar la importancia de los otros vivientes y de la salud de la Tierra.

⁴ Estas consecuencias no son evidentes en las filosofías de Bacon y Kant, pero pertenecen a la misma visión dualista de la vida.

Por último, mostrar las virtudes de la etapa neolítica en cuanto a la relación con la naturaleza, no debe cegarnos al gran problema que ella contiene: la infantilización de los humanos frente a la madre dadora. En el neolítico, éramos como niños –nos dice Françoise D’Eaubonne (1974). Por otra parte, de nada nos serviría el regreso a esa etapa primitiva, en la que no habíamos despertado a conciencia de la paternidad. Como dijimos, hubieron grandes ganancias con la conciencia de la paternidad. Hay que pensar más bien de realizar una síntesis de lo mejor de ambas etapas, retomando la idea unitaria de la vida y la pareja humana propia del neolítico, pero sin caer en el infantilismo, y a la vez, retomar el afán de crecimiento del patriarcado, pero sin caer en el poder y la posesión.

No saldremos de la crisis ecológica si no restablecemos la igualdad de los vivientes, si no somos capaces de nuevo de ver el fenómeno general de la vida como un prodigio al que hemos de valorar y cuidar y si no superamos la idea de la sacralidad exclusiva de la vida humana, si no estamos dispuestos a reproducirnos menos, a superar el antropocentrismo dualista, y propiciar –aunque nosotros no lleguemos a verla- la capacidad de renovación de la Tierra y la riqueza de las otras especies.⁸

El afán de objetividad ha dejado de ser sólo científico para caer en un cientificismo que no sólo ve la vida con independencia del humano sino que la ve como algo indiferente en sí mismo, cuya cualidad integral no importa, como algo manipulable y puesto a nuestro servicio. Se trata de una visión dualista y jerarquizante que hace de la otredad o desigualdad entre el ser humano y la vida un corte y una subordinación, por ende, declara la superioridad antropocéntrica según la cual, podemos poblar toda la Tierra disfrutando más que cualquier otro viviente de sus frutos, y podemos dominar de múltiples formas la naturaleza hasta llegar hoy en día a escudriñarla tecnológicamente en el laboratorio, siguiendo el dictado de Bacon (1620): conocer para dominar. Tal es la postura predominante en la ciencia contemporánea, en la biogenética y las biotecnologías en general que dejan de ver el funcionamiento integral del organismo y del todo de la vida, y buscan la sustitución de genes y de órganos como piezas de recambio.

Por su parte, la inclusión de nosotros mismos en la explicación de la vida ha magnificado la igualdad, la conexión entre el ser humano y la naturalezas: se ha expresado a través de posturas subjetivistas y absolutistas de la naturaleza,

⁵ Puede decirse que en tanto visión unitaria, e trata de una visión religiosa de la vida, pero en el sentido más básico de estar re-ligado con el todo, que comprende la vida desde la actitud que los humanos hemos de tener frente a ella. Pero hay que tener claro que no se trata de caer en el extremo de la mística que propone un respeto absoluto a cualquier forma de vida e impide hacer uso de ella. En el neolítico, los humanos se servían de la naturaleza, no podían dejar de hacerlo, pero no exterminaban a las especies ni se permitían crecer en número eran conscientes del equilibrio ecológico.

que no sólo le atribuyen a la vida cualidades humanas sino que hacen de ella, en todas sus formas y circunstancias algo intocable e inalterable, sea un mosco o un caballo, un embrión humano de tres días o un ciudadano cabal. Esta postura cae en soluciones místicas que incitan al individuo a disolver su yo en el gran todo de la vida. El representante máximo de esta postura es Albert Schweitzer (1931), para quien somos vida en medio de otras vidas que quieren vivir y resulta antiético matar un mosco.

Con estos extremos no puede enfrentarse la crisis ecológica actual con conciencia ética. Es obvio que el dualismo cientificista, al crear una brecha entre el ser humano y la naturaleza, contribuye decididamente a la crisis: la naturaleza es descualificada y se puede hacer con ella cualquier cosa. Más aún, el cientificismo carece de consideraciones éticas. Y el integracionismo, al llenar de cualidades e ímpetu a la naturaleza nos impone un respeto absoluto a toda forma de vida del reino natural. Como se ha denunciado múltiples veces, el cientificismo tecnocrático es causa directa de tal crisis. Él procede de un antropocentrismo excluyente que niega nuestra inclusión y necesaria relación con la naturaleza; por ende, es justo el blanco de ataque de toda teoría la ética ambiental y la eco-ética. Pero ni el subjetivismo vitalista, ni el misticismo nos ayudan a actuar de manera efectiva ante la crisis, pues se necesita una creencia que no todos compartimos.

Lo decisivo es entonces, encontrar una visión de la vida que pueda concebirla como igual y otra al mismo tiempo. Es cierto que no hay un corte entre la vida y el ser humano y que hay antecedentes de la libertad en algunas formas del comportamiento animal, y también es cierto que la naturaleza es otra, es indiferente y ciega y que no podemos magnificar en ella la presencia de un alma, una libertad o un querer fundamental.

Cómo la concepción desigual de la vida, el antropocentrismo excluyente, se manifiesta en la raíz misma de la crisis, para acceder, por contraste, a una visión distinta de la vida, una visión que retome lo que hemos anunciado: la coexistencia del conocimiento objetivo de la vida y nuestra inclusión en ella. ¿Dónde se manifiesta de lleno el antropocentrismo en la crisis? Desde luego, ésta tiene una causalidad compleja, en ella intervienen la voracidad egoísta del capitalismo que busca el beneficio de unos cuantos humanos e impone un estilo de vida consumista; la tecnología destructora de la vida y generadora de desechos que domina y desprecia la naturaleza; y la tercera causa es la sobrepoblación, que hoy en día rebasa los 7 billones de humanos y todas estas causas implican el antropocentrismo: el consumismo capitalista y la tecnología, porque provienen de la superioridad humana para tomar los frutos de la tierra y dominarla, y en especial, la sobrepoblación porque en ella se revela que la vida humana no sólo es superior sino que es la única sagrada o de importancia peculiar, la única que merece ser reproducida sin límite alguno sin la mínima consideración por las otras formas de vida.

Protrepis, Año 2, Número 3 (noviembre 2012-abril 2013). www.protrepis.net

La sobrepoblación es el efecto directo de la sentencia antropocéntrica por excelencia, que no sólo pertenece a la tradición judeo-cristiana, sino también a la musulmana y que dice: “creced y multiplicaos” y al ser dominadores de la Tierra. Se trata de religiones patriarcales que, instituyeron la superioridad humana desde la supuesta superioridad del varón —que al descubrir su participación en la fertilidad femenina se sintió por encima de todas las otras formas de vida.

Como lo han señalado múltiples pensadores y pensadoras eco-feministas y de la teoría crítica del patriarcado, con éste se dio el inicio de la concepción dualista de la vida. De él viene el cientificismo objetivista que contribuye de forma decisiva a la crisis.

Con el patriarcado surge, la idea dualista, antropocéntrica-excluyente basada en la superioridad humana, el poder y la posesión. ¿Cómo ocurrió esto y qué lugar juega aquí la sobrepoblación, a la cual tenemos que atender si queremos hacer algo frente a la crisis ecológica?

¿Cómo repensar entonces la vida y qué hacer con la sobrepoblación? Conveniría que la idea actual de la vida retomara la posibilidad de una postura de azoro y respeto, admiración y maravilla ante el fenómeno en sí de la vida planetaria como totalidad. Para ello, hemos de trascender el antropocentrismo excluyente que ha dado pie al crecimiento poblacional explosivo y reconocer la igualdad básica de todos los vivientes: el igual derecho a la existencia en tanto conjuntos que interactúan y hacen posible la autorenovación y salud de la Tierra. Sólo que esto tiene que hacerse desde la complejidad y no desde la unilateralidad. Hay que desterrar la idea de mayor privilegio del humano frente a los otros vivientes, más no podemos desterrar la centralidad axiológica humana: quienes admiramos la vida, quienes la valoramos y estamos conscientes de la crisis ecológica somos nosotros, no los demás seres vivos, y esto nos coloca en el centro. Por otra parte, y en consonancia con lo anterior, la igualdad básica (de igual derecho a la existencia) ha de coexistir, paradójicamente, con la igualdad-diferencia: todo viviente tiene derecho a existir, no obstante, ello no significa caer en un igualitarismo según el cual los animales son tan pensantes y racionales como nosotros. Hay diferencias y jerarquías: valen lo mismo, la cucaracha, el caballo, el mono y el humano, pero hay diferencias entre ellos y en un momento de tomar decisiones éstas diferencias cuentan.

Porque tal crisis no sólo responde al consumo impuesto por el capitalismo y el desarrollo industrial, sino también responde al consumo impuesto por el imperativo de satisfacer las necesidades básicas de comida, bebida, vivienda, vestido, transporte y en general obtención de energía, más el inevitable arrojamiento excesivo de basura orgánica e inorgánica. Aún cuando dejáramos de producir tanto plástico, fibras sintéticas, etc, tendríamos que transportarnos, por lo cual emitiríamos sustancias tóxicas, ya sea CO₂ u otras, arrojaremos miles

de desechos orgánicos que seguirán produciendo gas metano y seguiremos consumiendo los recursos terrestres. Dicho de otro modo, mientras sigamos reproduciéndonos sin planificación, seguiremos contaminando la Tierra y desgastándola, aumentaremos su incapacidad de autorenovación.

De suerte que, aunque es necesaria la invención de tecnologías respetuosas de la vida, la disminución y modificación de la producción industrial y el control de la voracidad del capitalismo y del consumo impuesto por él, resulta insuficiente si no atendemos al problema poblacional.

Menos gente que consuma productos industriales de forma exagerada no arreglará ciertamente la crisis, pero menos consumo con más gente la empeorará, pues mientras seamos más, aumentará la complicación para disminuir la producción industrial y encontrar tecnologías amables con el ambiente, dado que prevalecerá la urgencia de las necesidades humanas, y todo ello desgastará al planeta y a la propia humanidad: unos seremos enemigos de otros en la subsistencia y en el espacio vital.

Estoy consciente de que las visiones unitarias crean reparos en cierto sector de la filosofía: un misticismo que invita a la fusión del yo con el cosmos, y por ende, tal visión conlleva irracionalidad: emotividad, así como una pérdida de autonomía frente a la naturaleza y una puesta en crisis del mundo humano en tanto mundo de la ciudad. Pero justo, habrá que ver si puede haber vínculo estrecho con la naturaleza sin misticismo, en una religiosidad laica y emotivo-racional en la que no se pierda la autonomía legislativa, pero si se amplíe lo que se entiende por mundo humano.

Y para esto, la época actual tiene que comprender que no se pierde autoridad humana legislativa, la unión con la vida sí indica un rumbo de las leyes pero no una sumisión. No es que se sustituya a Dios por la Naturaleza. Se trata de crear un mundo humano y humanizado en plenitud, es decir con todas las dimensiones.

En filosofía, aunque se reconoce que hay que trascender poder y posesión, no se acepta la visión unitaria de la vida, se le sigue concibiendo como otro más o menos jerarquizado, más o menos igual y desigual.

Unidad, pero pérdida de autonomía vs. Independencia.

Sumisión a la naturaleza vs. Autolegislación

Teleología vs. Objetividad.

Poder y posesión

En estos extremos es fácil advertir que ambas posturas implican una actitud humana. Aunque el cientificismo objetivista pretenda escapar al involucramiento humano al pensar la vida, éste procede del afán de dominar y po-

seer que fue declarado por Bacon en la modernidad: “conocer para dominar” (1620). O sea, procede desde el antropocentrismo que considera a la naturaleza al servicio humano. Escudriñamos la vida en el laboratorio, y buscamos la sustitución de genes, el “recambio” de órganos, y de la misma forma invadimos los ecosistemas sin consideración alguna por la afectación al conjunto. En el reino de la biotecnología, se ha caído en el llamado: biocapitalismo, los genes tienen un precio y son objeto de patentes. En forma paralela, hemos empezado a ver a la Tierra misma con cierto desprecio, como algo que puede abandonarse para ir a vivir en la luna, en Marte, o en algún otro planeta, o al menos pasar una temporada ahí —mediante grandes costos económicos (Bostrom. 2002). No contamos en definitiva con una idea integral o unitaria de la vida. Por su parte, el misticismo procede de un afán de trascender la condición individual humana y fusionarla con el todo escapando así al riesgo de caer en error al elaborar normas para regir la propia vida y convivir con los demás; todo está dictado por las leyes de la naturaleza. En este extremo encontramos la postura de Arnold Schweitzer (1923) que, de acuerdo a la mística hindú, propone un respeto absoluto por toda forma de vida.

Ponemos la vida frente a nosotros como un objeto de observación y no nos damos cuenta de que detrás de ello hay un interés humano: hacer de la vida algo asible y manipulable. En el objetivismo y reductivismo pensamos la vida desde nuestro afán de poder y tener, la conocemos para dominarla, según lo declaró Bacon en la modernidad, pero en realidad, esta visión viene desde mucho antes. Y no es que no haya verdad en el reductivismo, el avance que ha aportado al conocimiento ha sido innegable, entendemos más ciertos aspectos de la vida con él, no obstante, se nos escapa el fenómeno general de la vida y nuestra situación frente a ella, nuestro sitio y la posible riqueza de la relación con ella. Desconocemos nuestra participación en la vida y el vínculo de igualdad y de necesaria cooperación con los demás vivientes. Así, invadimos, atacamos y explotamos a los seres vivos con la extensión de las ciudades, la creación de centros turísticos, con una tecnología y una industria invasivas y tóxicas, con la manipulación que hacemos de ellos en ellos. ¶

BIBLIOGRAFÍA

Attfeld, R. (1999). *The ethics of the global environment*, Indiana: Purdue University Press p. 78

Bachofen, J. (1987). *El matriarcado: Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Madrid, España: Akal

Bacon, F. (1620). *Novum organum*. (2011). España: Tecnos,

- Bostrom, N. (2002). *Anthropic Bias: Observation Selection Effects in Science and Philosophy*. New York: Routledge.
- Bostrom, N., Ćirković, M. (Eds.) (2011). *Global Catastrophic Risks*. Oxford University Press.
- Broszmitter, F. (2005). *Ecocidio*. Pamplona, España: Laetoli
- D'Eaubonne, F. (1974). *Le féminisme ou la mort*. Paris: Pierre Horay.
- Eldredge, N. (2001). *La vida en la cuerda floja*, Barcelona: Tusquets, p. 10.
- Eisler, R. (1987/1995). *The Chalice and the blade*. San Francisco: Harper Collins Publisher.
- Fromm, E. (1970). *La crisis del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Guimbutas, M. (1997). *The Kurgans culture and the indo-europeization of Europe*. Washington: ED. Richard Diebdo.
- Jay Gould, S., (1995). *La sonrisa del flamenco*. Barcelona: Critica. c.p. Broszmitter (2005) p. 26
- Leopold A. (1949). *Sand County Almanac*. (2001). Oxford: University Press.
- Malthus, R. (1846). *Ensayo sobre el principio de la población*. (1990). Madrid, España: Akal.
- Schweitzer A. (1923). *The philosophy of civilization*. (1959) New York: Mac-Millan.
- Schweitzer A. (1931). *My life and thought*. (1966) Barcelona, España: Aymá.
- Schweitzer A. (2008). *Ethical vision*. Oxford University Press.
- Silva, J. (2010). *El largo peregrinar hacia la humanización*. En *Consciencia*, Rev. de la Universidad La Salle, No. 112.
- White, L. (1967). *The Historical Roots of Our Ecological Crisis*. Publicado en *Science* Vol 155 (nº 3767),:1203-1207

Recibido: Noviembre 08, 2012. Aceptado: Diciembre 06, 2012.

Referir como:

SAGOLS, L. (2012) Pensar la vida ante la crisis ecológica. Protrepis [en línea], año 2, no. 3, pp. 6-18.